

¡Cuán grande bien te proporcionó el Señor con la traición de Judas! Y con la crueldad de los judíos, ¿cuántos bienes no ocasionó a los fieles? Se dejó crucificar para que le pudieras mirar sobre la cruz tú, que habías sido mordido por la serpiente.

Afectos y súplicas.

¡Oh Señor! Bien pocos son los hombres que conocen la fuerza de tu cólera; pero como con muchos la ejercitas, principalmente cuando no los castigas, es necesario descubrir un acto no de tu ira, sino de tu misericordia, en los trabajos y dolores con que afliges para su provecho e instrucción a aquellos que amas, para no condenarlos después por toda la eternidad.

De la malicia de los injustos te has servido para atribularme, y bajo el peso de la tribulación me he vuelto a ti, buscando el refugio que, adormecido por la felicidad temporal, no buscaba ya.

¿Quién es, Señor, el que se acuerda fácilmente de ti cuando la felicidad le sonrío y encuentra satisfechas todas sus expectativas presentes?

La causa por que has permitido que llegase para mí el día de la tribulación hela aquí: es probable que, si no hubiera sido herido de la adversidad, no te hubiera invocado; mas ahora que siento el aprieto, te invoco; y porque te invoco, me libras de mis penas, y porque me veo libre de ellas, te glorificaré y me uniré a ti de modo que jamás me aleje de ti.

Siempre que al fervor de la oración sucedió la tibieza y la desgana, dije: «Caí en tristeza y angustia, e invoqué tu nombre». Siempre la adversidad me sirvió de provecho, porque corrompido con mis pecados y perdida ya casi la sensibilidad, encontré en la tribulación el cauterio y la amputación.

No me quejaré de ti si algún mal me sucediera en este siglo, sino que bendeciré el castigo del Padre, cuya herencia espero.

Me acojo al amparo de la mano que me corrige; no huyo de la corrección, porque tú, que me corriges, no puedes errar.

Tú sabes bien lo que has de hacer conmigo, puesto que soy hechura tuya. ¿Puedo siquiera pensar que eres un artífice tan inepto que, después de haberme hecho, te hayas olvidado de lo que debes hacer conmigo?

Antes de que yo existiese, tú pensabas en mí, pues de lo contrario nunca hubiese existido. Y si pensaste en mí antes de existir, para que existiese, ahora que existo, que soy algo, que vivo y te sirvo, ¿no tendrás más que indiferencia y desprecio para mí?

Lejos, pues, de mí los cálculos mundanos; y reine en mí la esperanza en ti, de modo que pueda decir: *Tú, Dios mío, eres mi refugio.*

Meditando con San Agustín La paciencia en las tribulaciones

Si eres verdadero discípulo de Cristo, disponte para sufrir tribulaciones en este mundo, y no te prometas una vida feliz y tranquila.

1º La enseñanza y las promesas de Cristo.

No puedes esperar lo que Cristo no te promete.

Dice el Evangelio que al fin del mundo habrá muchos males, muchos escándalos, muchas penalidades y muchas injusticias; pero añade que el que persevere hasta el fin, este se salvará (Mt. 24 13).

Cosa puesta en razón es que escuches lo que te dice Cristo, que no se engaña ni ha engañado jamás a nadie. Pues bien: Cristo te ha prometido la felicidad, no en este mundo, sino en El. Cuando hayan pasado todas estas cosas reinarás con El por toda la eternidad.

No aspire, pues, a reinar en este mundo, no te suceda que ni en la tierra ni en la eternidad encuentres la felicidad. Toma tu cruz; sufre con paciencia los trabajos, y así seguirás a Cristo.

2º Los que siguen a Cristo sufrirán la contradicción.

Cuando comiences a seguir a Cristo, imitando sus virtudes y practicando sus preceptos, tendrás muchos contradictores, muchos se te opondrán, y muchos te disuadirán de tal propósito, y esto hasta entre los mismos que sirven a Cristo.

En compañía de Cristo andaban los que prohibían a los ciegos que le llamasen. Pues bien: si quieres seguir a Cristo, conviértete en tu cruz las amenazas, los halagos y todo género de prohibiciones; súfrelas, toléralas y no sucumbas. Si te odia el mundo, recuerda que primero odió a Cristo (Jn. 15 18).

Oiganlo todos: porque no se ha dicho esto sólo para las vírgenes y no para las casadas; o para las viudas y no para las novias; o para los clérigos y no para los laicos; se ha dicho a la Iglesia entera, a todo su cuerpo y a cada uno de sus miembros, sean cualesquiera su profesión, edad y estado, pues todos deben seguir a Cristo.

En el cuerpo de Cristo tiene su puesto la integridad virginal, la continencia de las viudas y la castidad conyugal. Estos miembros que tienen en Cristo su lugar propio, según su estado y dignidad y conforme a su destino, sigan a Cristo, tomen la propia cruz y sufran por Cristo todo cuanto el mundo les haga padecer.

3º La paciencia es necesaria a quien sigue a Cristo.

Amen al único que no engaña, al único que no es engañado; ámenle, porque es verdad todo lo que promete; pero como no lo da inmediatamente, vacila nuestra fe.

Ten paciencia, sé perseverante, soporta los trabajos, sufre la tardanza en ser premiado, y con ello habrás llevado tu cruz.

No busques a Cristo en otra parte sino allí donde te ha sido predicado. Entiéndelo así y grábalo en tu corazón. Su doctrina es un muro de defensa contra todos los asaltos y contra todas las asechanzas del enemigo.

No tengas miedo, porque el diablo no tienta si no le es permitido; es cosa demostrada que él no puede hacer más que aquello que le ha sido permitido o para lo que ha sido enviado. Se le encomiendan misiones como ángel malo; obtiene permisos cuando los pide; pero esto sólo es para probar a los buenos y castigar a los malos.

¿Por qué temes? Camina sobre los pasos del Señor Dios tuyo, y ten por seguro que no padecerás cosa alguna que no sea su voluntad.

4º La tribulación es una vara de corrección en las manos de Dios.

La voluntad con que permite que sufras es vara de corrección, no pena de condenación.

Se te enseña cómo conseguir la herencia eterna, ¿y desprecias la vara del Maestro?

Si algún niño dijese que no está dispuesto a sufrir correctivos ni castigos de su padre, con razón sería tachado de soberbio, mal educado y desagradecido a los desvelos paternos.

Ahora bien, ¿para qué sirve la educación que da el padre a su hijo, sino para procurar que el hijo no malgaste los bienes temporales que el padre ha adquirido y reunido para él? No quiere el padre que pierda el hijo la hacienda que él le deja, porque no la puede conservar siempre. No instruye, pues, a su hijo para hacerle participante de sus bienes, sino para que los posea después de él.

Si el padre instruye al hijo, que le ha de suceder, y que igualmente pasará por todas las vicisitudes por que ha atravesado el que le instruía, ¿por qué no habrías de aceptar la instrucción de tu Padre, al cual no has de suceder, sino unirte para poseer la herencia con él por toda la eternidad, y una herencia que no se marchita ni tiene fin?

El mismo es a la vez el Padre y la herencia. A él tienes que poseer, y ¿te mostrarás retraído en aprender el modo de poseerle? Sométete, por consiguiente, a la disciplina paterna.

Sigue, pues, a Cristo a través de las tribulaciones, de las ignominias, de las falsas acusaciones, de la cruz y de la muerte.

5º Dios se vale de los impíos para purificar a los justos.

Es inevitable para ti sufrir ignominias y recibir desprecios de aquellos que no viven piadosamente y esperan solamente la felicidad terrena.

También por medio de éstos te prueba Dios, y mediante sus persecuciones te instruye; pues la perversidad del malvado es un látigo para el bueno, como por mano del siervo se azota al hijo para corregirle.

Dios ahora se sirve de los pecadores para probarte, como se valió del diablo para probar a Job y de Judas para entregar a Cristo. Por tanto, enfurézcase contra ti el impío para que sea probada tu virtud; pasado el tiempo de tu prueba, cuando ya no tengas motivo de ser probado, tampoco habrá pecadores para probarte.

Si buscas ahora el lugar del pecador, lo encontrarás; el Señor ha hecho del pecador como un látigo, al que ha dado honor y autoridad. Lo hace así por tiempo limitado, y da poder al pecador para que sufran perturbaciones las cosas humanas y se perfeccionen los buenos. Pero dará al pecador lo que le corresponde; entre tanto, por él se ha conseguido que aprovechen los justos y se condenen los impíos. Pasado esto, si vuelves a buscar el lugar del pecador, no lo encontrarás.

¿Qué motivo, pues, tiene el malvado para vanagloriarse, porque tu Padre se sirve de él como de un látigo? Se vale de él como de un instrumento para enseñarte tus deberes, o sea, para que llegues a conseguir la posesión de la herencia paterna. No te preocupes de lo que Dios permite a los malos; piensa solamente en lo mucho que reserva a los buenos.

En todo esto el Señor procede como sueles hacer también tú. Ocurre que muchas veces, llevado de la ira, tomas una vara, o quizá un sarmiento que encuentras a mano, y con ella castigas a tu hijo para corregirle, y después tiras la vara al fuego y reservas la herencia para tu hijo. Así también Dios, por medio de los malvados, enseña a los buenos, y con el poder temporal que concede a los que después condenará, tiene a raya y prueba a los que debe premiar y salvar.

Una cosa es la paja y otra el trigo; sobre una y otro pasa el trillo, y con unos mismos golpes la paja se quiebra y el grano se limpia. El Señor conoce a los suyos; y aunque en la trilla los granos quedan ocultos entre la paja, no se equivocan los ojos de tu aventador.

No tengas miedo de que la tempestad de golpes te mezcle y arrastre con la paja; cierto que será fuerte esta tempestad; pero, por violento que sea el viento, no ha de llevar ningún grano al montón de la paja, porque el que vela en la era y maneja el biello no es un gañán cualquiera, sino que el mismo Dios, Trinidad adorable, es el que preside la operación.